

LAS DOS PATRIAS DE JOSE MORENO VILLA

por

CARMEN DE MORA

Cuando en 1937 Moreno Villa decidió permanecer en México no podía sospechar que nunca más regresaría a España y que pasaría allí su última residencia en la tierra. Había llegado a América en febrero de 1937 para impartir una serie de conferencias por encargo de la Junta de Cultura en Valencia, ciudad a la que había sido conducido unos meses antes junto con otros intelectuales expatriados, entre ellos Antonio Machado y Emilio Prados. Después el grupo se dispersa y Moreno Villa se traslada a Nueva York, donde había estado diez años antes con su musa de carne y hueso, Jacinta la pelirroja, y finalmente a su destino, Washington, con el cargo de agregado cultural en la Embajada. Una misteriosa carta de Genaro Estrada, a quien había conocido en España, le animó a concluir el periplo en México: «Sé que está usted ahí. Ese no es su sitio. Véngase a esta tierra de México donde no le faltará nada de lo que tenía en España; ni siquiera un árbol como aquél que se veía junto a su cuarto de la Residencia de Estudiantes». ¹ Sin duda el tono afectivo y providencial de la carta debió conmover a un hombre derrumbado psíquicamente por el golpe moral del exilio, que se sentía «sin asidero y sin tierra firme, a merced de la ventisca». Cuando el escritor malagueño llegó a México, abrumado por la inseguridad y temeroso ante lo desco-

¹ José Moreno Villa: *Vida en claro. Autobiografía*, México, F.C.E., 1976, pág. 240.

nocido, no bastaron los desvelos de su protector Genaro Estrada para infundirle la tranquilidad deseada. Los primeros meses se vio asediado por el fracaso como colaborador en la prensa mexicana, la soledad y la falta de un trabajo más o menos fijo. Por fin, a comienzos de 1938 consiguió un empleo en relación con «Bienes Nacionales» como catalogador de las obras de arte recogidas de los templos. En ello se ocupó hasta que pasó a ser miembro de la Casa de España. En su autobiografía *Vida en claro* recuerda a los amigos que le ayudaron a sobrevivir en aquel naufragio con unas palabras llenas de reconocimiento:

«Si no hubiera sido por Genaro Estrada y luego por Villaseñor, Montes de Oca, Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes, a esta hora no sé donde estaría. Debo mi existencia a la creación de la Casa de España y luego al Colegio de México, fundaciones pensadas, ayudadas y dirigidas por estos hombres de tipo internacional».

Cinco meses le duró la amistad de Genaro Estrada, amenazado de muerte por una grave enfermedad. Antes de morir el poeta le había prometido hacerse cargo de su mujer y de su hija. El trato frecuente con ellas aumentó el afecto, y la relación culminó en boda. La unión con Consuelo no sólo le dio un hijo sino que renovó sus fuerzas; era la confirmación de que en México, a su pesar, había cumplido un proyecto de vida, por fin empezaba a entender la razón de su nuevo destino:

«Fue la borrasca humana, sin duda, pero tú, que buscas lo más hondo, sabes que por debajo mandaban esas fuerzas, ondulantes y oscuras, que te piden un hijo donde no lo soñabas, que es pedirte los huesos para futuros hombres».

nos dice en su mejor poema de exilio. La estabilidad familiar propició la actividad creadora; a los siete años de residencia mexicana había escrito siete libros: de historia del arte («Locos, enanos, negros y niños palaciegos en la Corte de los Austrias», «La escultura colonial mexicana» y «Temas de arte»), de poesía («Puerta severa» y «La noche del verbo», inspirados en el hijo) y de prosa sobre México («Doce manos mexicanas» y «Cornucopia de México», libro éste del que nos ocuparemos más detenidamente).

A ellos hay que añadir la autobiografía «Vida en claro» y los «Poemas escritos en América», anteriores a los inspirados por el hijo e incluidos en «La música que llevaba» (1947).

La *Cornucopia de México* constituye uno de los esfuerzos más penetrantes y amenos hechos por un español para comprender México y lo mexicano. Con razón afirmaba Cernuda:

«Acaso sean los andaluces, de todos los españoles, los mejor dispuestos para recibir impresiones nuevas, distinguir entre ellas y apreciar su calidad diferente; acaso también puedan ser los andaluces los más amigos de México, los que mejor lo entiendan».²

LO FLUCTUANTE Y LO ETERNO

Sin perder la ligereza y «el deleite visual» del libro de viajes *Cornucopia* deja traslucir el desgarramiento de la expatriación y el desarraigo. Pertenece a un hombre dividido entre fuerzas opuestas: el recuerdo de lo que dejó se interpone en el nuevo paisaje y le impide asir con facilidad las impresiones del presente, quiere acercarse a la realidad americana para tomarle apego pero la memoria le frena la pluma y la mantiene a distancia, al mismo tiempo, paradójicamente, México lo acerca a España ¿cómo no ver a España en México? Serrano Poncela ha planteado muy lúcida-mente el conflicto del exiliado:

«Arrancado de su materia alimenticia, su paisaje y su mundo circundante; obligado a asimilar desde el aire una realidad siempre foránea; solicitado por la urgencia del recuerdo que se va y no vuelve y por los temas que circulan junto a él sin que pueda asirlos más que por encima, vive en el círculo de los helados a que se refiere el Dante... está sometido a un ritmo histórico que deja atrás sus problemas y sin embargo éstos permanecen dentro, enconados, pidiendo salir de algún modo. Es inactual y a la vez se encuentra siempre en compromiso con todo. Se desgarrá entre la evasión y la creación».³

2 Luis Cernuda: *Reflejo de México en la obra de José Moreno Villa*, en «Prosa Completa», Barcelona, Barral Editores, 1975, pág. 1.399.

3 Segundo Serrano Poncela: *La novela española contemporánea*, «La Torre», I, abril-junio de 1953, pág. 117.

Cornucopia significó para Moreno Villa la progresiva superación del conflicto que lo dividía, la comprensión y aceptación de que tenía dos patrias en vez de una.

El libro va precedido de un prólogo justificativo donde el autor explica como se fue gestando durante los dos primeros años de estancia en México y la intención que lo guió: ofrecer una visión panorámica de México. Ese fue precisamente el título que pensó en un principio; sin embargo, finalmente se decidió por el de *cornucopia*: «he sentido a México, y un poco a mi libro, como una *cornucopia* por lo que tiene de rizado y quebrado». Para Moreno Villa la *cornucopia* «es como un resumen del estilo *rococó*», «un producto de contrastes, contradicciones, altibajos, claro-oscuro, porfirismo-lombardismo», «hispanismo-pochismo». ⁴

De entrada el poeta malagueño adopta una actitud dócil frente a lo mexicano, pretende obtener una visión completa del país y se entrega a la tarea con el «ánimo libre de prejuicios». Esta perspectiva abarcadora se perfila a base de contrastes; intuitivo de lo abstracto se eleva a las alturas y despliega una mirada de águila para sorprender en la vastedad multicolor del escenario el perfil de lo autóctono mexicano; pintor de lo concreto adopta la actitud del *cameraman* que selecciona, dispara y gira rápidamente el objetivo con la impaciencia del que quiere fijarlo todo, pero finalmente se resigna a perder algunos matices que tratará de retener en la memoria.

Recuerda la *Cornucopia* las estampas madrileñas que redactó Alfonso Reyes en la soledad noctámbula de las posadas con la memoria llena de recuerdos mexicanos. Fue por entonces, en 1914, cuando se conocieron en el centro de Estudios Históricos; Moreno Villa trabajaba en la sección de arqueología presidida por Gómez Moreno; Reyes, en la de Filología a cargo de Menéndez Pidal. Juntos compartieron horas memorables en el Ventanillo de Toledo en compañía de otros amigos comunes como Américo Castro y Antonio G. Solalinde. Con Reyes y Díaz Canedo creó los *Cuadernos literarios*. En el prólogo de los *Cartones de Madrid* Alfonso Reyes adopta la actitud curiosa del viajero que sólo ha querido

⁴ Prólogo a *Cornucopia de México*, México, Porrúa y Obregón (México y lo mexicano, 5), 1952, págs. 9-10.

reunir «esos primeros prejuicios de la retina, esos primeros y elementales aspectos que atraen los ojos del viajero». Moreno Villa, por su parte, manifiesta que su propósito fue «hacer un libro de viaje nada hispánico, es decir, sin acritudes ni violencias. Prefiero acercarme —dice— al tono del viajero inglés que observa y apunta limpiamente, sin mirar lo que hay detrás de las bambalinas». ⁵ Lógico sería deducir de esta afirmación la proclividad del autor a dejarse llevar por las apariencias sin aventurarse a calar más hondo. Nada menos cierto. Probablemente era una manera de justificar por anticipado sus posibles errores. En realidad, por detrás de lo fluctuante, ese mundo de cosas, personas, costumbres, viajes, monumentos, usos lingüísticos, etc. Moreno Villa persigue lo permanente. Su método, la fenomenología entendida como atención a los fenómenos o hechos que nos rodean:

«en el fondo es la búsqueda de la palabra o palabras que me clarifiquen lo que es un pueblo nuevo para mí, es decir, México y el mexicano, o aliando estos dos conceptos, lo mexicano. Porque esto, lo mexicano proviene del hombre y de lo que lo rodea. Del hombre eterno y de la tierra que le tocó vivir y alimentarse». ⁶

Ignoraba el poeta cuando escribió estas palabras que ese «pueblo nuevo» iba a ser el único para él en el presente y en el futuro, y que al buscar lo mexicano buscaba en ello su nueva identidad.

LO MEXICANO

El éxito de la *Cornucopia* entre los lectores agotó la edición de 1940, y en 1952, cuando un grupo de jóvenes pensadores, «Los hiperiones», crea la colección titulada «México y lo mexicano», publica una segunda edición de la *Cornucopia*. Fue el propio escritor quien respondió a la sorpresa de sus amigos por las «sagacidades de interpretación de que daba muestra el librito:

⁵ *Ibidem*, pág. 144.

⁶ *Ibidem*, pág. 143.

«Ellos no saben de mi peritaje en esto de escudriñar los modos del pueblo. Ignoran la cantidad de artículos publicados por mí en «El Sol» de Madrid durante años; artículos que pensaba reunir bajo el título de Fisonomía ibérica y que se quedaron allá con otras muchas cosas de estudio». ⁷

El libro se divide en dos partes. La primera, más general, se centra en la ciudad de México y lo mexicano; la segunda parte responde al título de «Fuera de la capital». En su intento de descubrir el ser mexicano quiso abarcarlo todo: el carácter, el mestizaje, la lengua, la sociedad, el paisaje urbano, los valores arquitectónicos y artísticos, el arte y costumbres populares, la gastronomía y hasta las bebidas.

En el recorrido panorámico por la ciudad de México se apoya en dos muletas: la pintura y la poesía, el pincel y la palabra, y, en este caso, la segunda se abandona a la primera. Por eso, para descubrir el carácter urbano de México recurre a una expresión visual: claro-oscuro. Oscuro el México viejo y claro los barrios de la capital o antiguas colonias. Pero el autor va más allá y trasciende esta peculiaridad a todos los aspectos de la vida mexicana que ve como una gran cornucopia. Idéntico contraste reaparece en la pasividad y quietud del hombre acurrucado frente al brío y garbo de la canción popular.

Uno de los ensayos más interesantes y curiosos es el titulado «Seis ademanes», donde analiza seis gestos exclusivos de México. Los tres primeros, para expresar dinero, tiempo o espacio y cortesía, presentan una expresividad estática que asocia con el hieratismo de las razas asiáticas. Otros tres, sirven para señalar la altura según se trate de personas, animales o cosas. «¿Será un residuo azteca?— se pregunta. La peculiaridad de estos ademanes, la diferencia con los correspondientes de países latinos como España e Italia, le inspiran una conclusión: la psicología mexicana es «cautelosa, refrenada, medida». Asimismo, en «Alcología comparada», partiendo de la tesis de que los países pueden ser definidos por sus bebidas», se atreve con algunas hipótesis sobre el pulque,

⁷ José Moreno Villa: *La voz aborigen*, «Nueva Cornucopia mexicana», México, Sepsetentas, 1976, pág. 61.

el mezcal y el tequila encontrando en ellas contrastes similares a los de otros aspectos de la cultura mexicana: «son secas, duras, concentradas, o viscosas». Y si es cierto que existe una estrecha relación entre las bebidas de un país y su gente, las hay «con genio escurridizo, dulzón y maligno».

El esquema de este ensayo puede servir de modelo a otros muchos de Cornucopia con ligeras variantes:

- Tesis general
- desarrollo
- aplicación al caso concreto de México
- conclusión.

La estrategia del escritor consiste en tratar un mismo fenómeno en distintos países y, más detalladamente, en México, es decir, sociología y culturas comparadas. Sin embargo, cuando se propone emitir juicios de valor tiene buen cuidado de no herir susceptibilidades, y no queriendo mostrarse ingrato con quienes tan solidariamente le dieron asilo suaviza el posible reproche con un adverbio: «¿qué ley de inquietud nos obliga a los españoles y quizás a los hispanoamericanos a no terminar las cosas?— se pregunta en el ensayo «Lo inacabado». Atribuye a este defecto la irritabilidad habitual del hombre hispano, pues lo inacabado influye en la psicología o, al menos, en la estabilidad moral de los ciudadanos. Y justifica de este modo la atención que prestan los anglosajones a las menudencias materiales.

Otro objeto de reflexión: el culto a la muerte. Anticipándose a las consideraciones de Octavio Paz en *El Laberinto de la soledad*, comenta no sin asombro la familiaridad del mexicano con la muerte en su forma más externa y pagana: Juguetes, dulces macabros y periódico de calaveras políticas. Formas que acusan, a su juicio, un elemento asiático, ajeno a lo europeo. En esta, y en otras ocasiones, la subjetividad del poeta se deja notar en la expresión amarga del que escribe con el recuerdo omnipresente de su tierra lejana: «Vengo de un país donde ahora, más que nunca, la muerte no es un juego. Donde lo que se juega es la vida».

En síntesis, en todos los aspectos analizados por Moreno

Villa relativos al carácter mexicano, los verdaderamente distintivos son de origen asiático: la expresividad estática, la suavidad, la familiaridad con la muerte y el gusto por la menudencia. Parece suscribir la hipótesis de que el foco de origen de los americanos inmigrantes se sitúa en el Asia oriental, en un tronco premongólico y premalayo polinésico.

LA LENGUA

El escritor se acerca a la lengua mexicana más con penetración de psicólogo que con curiosidad de lingüista: «hay que acercarse al idioma español transoceánico como se acerca uno a un ser caliente y animado, no a un producto gramatical». En el tono de los mexicanos descubre lo más hondo del alma: la bondad y una lejana servidumbre, y en el ritmo lento la dificultad de una lengua que no es la vernácula, por eso cree posible comprender la psicología mexicana a través de la entonación y de la pronunciación.

Otra vertiente lingüística que atrae su interés son las palabras aztecas, «intrincada selva» que enmaraña el castellano sin incorporarse a él, fenómeno extraño si reparamos en que el caso contrario, la incorporación de arabismos al castellano de España, si tuvo lugar. Existe una razón precisa para cada caso, nos dice:

«Si la palabra «mamey» no la usan los españoles es porque no conocen esa fruta. El día en que los aviones la lleven a nuestros mercados ocurrirá con ella lo que con el anafe y la albóndiga.

Lo mismo ocurre con los nombres «papaya», «elote», «chicozapote» y tantos otros frutos, utensilios o comestibles. Como la cosa representada por el vocablo sea viajera, el vocablo viaja y arraiga». ⁸

Estas observaciones se completaron posteriormente en otros artículos recogidos en *Nueva Cornucopia*, entre ellos «La voz aborígen» (De la serie *Memorias revueltas*, publicada en 1952), donde analiza la hondura de la voz aborígen, raíz del hombre mexicano: «Nada de lo que proviene del indio puede sernos indife-

⁸ José Moreno Villa: *Cornucopia de México*, op. cit., pág.

rente». El aldeano es poseedor de una secreta sabiduría que al hombre ya formado le está vedada por sobrecarga de información y por dispersión de conocimientos y vivencias. Al desarraigo del intelectual contraponen el telurismo solitario del aldeano.

Distingue en este mismo ensayo dos clases de mexicanismos; los que basados en palabras españolas cambiaron el significado original y las palabras indígenas aun con alguna alteración. A título de curiosidad repara en la expresión mexicana «Salió de la casa con todo y chivas» (bártulos) equivalente a bienes, fuente de riqueza. Tanto en ésta como en las anteriores observaciones alude inevitablemente a su situación:

«Volviendo a las «chivas», y para contestar a quien me preguntó, digo que las mías se quedaron en Madrid. Todas. Absolutamente todas, y que ninguno de los amigos que allá tengo sabe adónde fueron a parar. Si en vez de «chivas» hubieran sido cabras, yo diría: «¡qué remedio!; como eran cabras, tiraron al monte». Pero eran mis humildes «chivas», mis libros, mis pinturas y dibujos, mis manuscritos o recortes de artículos, mis trabajos de 25 años». ⁹

Estos hallazgos filológicos contaron con el beneplácito de Alfonso Reyes, quien vio confirmados en ellos ciertos atisbos de «Psicología dialectal» desarrollados en su libro *Calendario* «sobre las sustancias secretas y claves» para comprender la mentalidad mexicana oculta en la expresión popular.

PAISAJE URBANO

Moreno Villa es maestro en el arte de la descripción no sólo porque sus dotes pictóricas multiplican los planos visuales de la realidad, sino porque nos saca de nuestra cómoda posición de lectores y nos introduce en la atmósfera descrita sin violencia, casi sin darnos cuenta. Esta técnica nos permite acompañarlo con Salinas, guiados por Inés Amor, en la visita al mercado de la Merced, sorprendernos del silencio dominante en aquel conglomerado humano, entrar y dejarnos prender en un mar exótico donde miles

⁹ *Nueva cornucopia mexicana*, op. cit., pág. 112.

de redes se disputan los sentidos. El templo de hierbas aromáticas y medicinales, el corredor de los chiles, el de las madrcas, mimbres y petate, caña y junco. Escenario de las *Mil y una noches*, dédalo de percepciones sensoriales que obligan al escritor a rescatar en algunos recuerdos más nítidos y fiables, los fetiches, «ojos de venado» útiles contra el mal de ojo, manitas de azabache, puestos de frutas, soldaditos de plomo y, por último, los dulces multicolores.

Sin duda los mejores hallazgos estilísticos se encuentran en los artículos comprendidos en este apartado, pues sin renunciar a la natural improvisación del libro de viajes se cuida de armonizar el estilo con el contenido, como si escribiera con la vista:

«Hay dulcerías de éstas que preservan sus confituras con vitrinas, otras no. Despachan mujeres de abundantes carnes, que mientras no tienen parroquianos, amamantan a sus niños. El colorido de los puestos es variado pero, si no bastan los colores de los dulces, cuelgan de las paredes abigarrados cartones de lotería con premios en juguetes entre tiras de plata y oro». ¹⁰

O acompasa la alegría abigarrada de los mercados con la alegría rizada de las iglesias: «revestidas y adornadas o lisas y blancas, las torres de México son alegres, ligeras y endebles, como fueron los productos del estilo *rococó*». Cuando describe la estatua ecuestre de Carlos IV, más conocida por «el Caballito», encuadrado en un estilo de arte idealista, despierta al monumento del letargal reposo y lo pasea por las calles mexicanas:

«Camina el caballo actualmente hacia la calle de Bucareli. Para verle bien hoy, destacado sobre el cielo, sobre las nubes, que es como deben caminar estos fantasmas históricos, hay que enfocarlo desde el suelo... Se le ve desfilar en el ocaso del día y en el de su estirpe». ¹¹

Con este viejo recurso de la antropomorfización de lo inanimado extrae conclusiones generalizadoras sobre la raza a partir de alimentos, bebidas y frutos. El aguacate nos hace pensar en una

¹⁰ *Cornucopia de México*, op. cit., pág. 26.

¹¹ *Ibidem*, pág. 58.

raza blanda, el mamey en una raza cálida y concentrada, el mango en una raza lujuriosa; otros ayudan a comprender la violencia, o la figura impávida de la indita, como el zapote prieto; o la sensualidad y la violencia, como el mango.

Cuando quiere destacar los elementos arquitectónicos de la ciudad cambia de perspectiva, se vuelve más metódico, más técnico, secciona las observaciones con bisturí de cirujano. Mas como si se resistiera a sacrificar su lado filosófico al lado técnico-artístico, somete las apreciaciones del especialista a los interrogantes metafísicos del pensador:

«¿Cómo se sentirán los inditos en tales ámbitos rizados, dorados y de luz alegre? ¿Qué piensa aquí dentro esta gente que fuera del templo practica todavía la magia y sigue con ritos funerarios ajenos a nuestra civilización? ... «¿qué fueron para ellos las torres? ¿Índices que marcan la dirección del más allá, o simples caprichos de porcelana que los poderosos blancos levantaban sobre las ruinas de otros juguetes algo más sombríos?». ¹²

El sustrato indígena es el enigma más impenetrable de México para el extranjero. Las preguntas del poeta a una civilización que ha enmudecido para siempre están condenadas de antemano a quedar sin respuesta. De las vivencias sentidas en el Museo Nacional de Historia y Arqueología distingue entre lo superevidente (la historia) y lo superoscuro (la arqueología): «Con lo infra o superhumano enmudezco por falta de comprensión o de penetración (...)». Admite que aun en su canto a Xochipilli existía una distancia, la de hombre europeo, que le impedía calar en su ser verdadero.

A la tentativa de explorar el alma indígena responde el ensayo titulado «El hombre acurrucado», figurilla representativa de México que consiste en un indio sentado sobre sus talones con la cabeza perdida bajo un sombrero muy generoso de copa y de alas. El valor figurativo cede, en este caso, frente al valor simbólico y psicológico: «A poco que se medite sobre esta postura, va penetrando uno en terreno más y más interesantes. Ella está unida a la

12 *Ibidem*, pág. 56.

quietud, a la pasividad, al ensimismamiento. Surge otra vez la imagen del Asia, fenómeno frecuente en México. Y vemos palpablemente la diferencia que nos separa. Europa no puede ser quietud ni pasividad». El contraste entre la civilización europea con su «voluntad de vivir en marcha perpetua» y la pasividad mexicana agudiza el tono crítico del autor y encubre una censura solapada hacia esa actitud que todavía condiciona al ser mexicano.

En el ensayo titulado «Xochipilli» se perfilan más claramente algunas intuiciones anteriores, a veces, para contradecirlas. Escrito en forma epistolar, dirigido a Laura de los Ríos, es un comentario sobre la figura y el ser de esta divinidad azteca, príncipe de las flores, patrón de los bailes, de los juegos y del amor. En la postdata admite su desinterés por la arqueología cuando llegó a México, tal vez por ello en las «Canciones a Xochipilli» incluidas en *La música que llevaba*, el dios de las flores persiste en su mutismo indescifrable: «Quieto en la quieta / majestad de los cielos, / dormiré la punta / de mi gran sueño». Y en la canción VII:

Quiero huir
de la flor y de tí.

De la flor por demasiado bella,
de tí, porque eres dios de piedra.

Quiero huir
de la flor y de tí.

De la flor por su inconsistencia,
de tí, porque nada te altera.

Quiero huir
de la flor y de tí.

De la flor, porque nada deja,
y de tí, porque en nada piensas.

quiero huir de la flor y de tí.¹³

¹³ José Moreno Villa: *La música que llevaba*, Buenos Aires, Losada, 1949, págs. 92-93.

Sin embargo, poco a poco las figuras de enmudecida piedra milenaria empiezan a hablarle, aunque sea en un lenguaje balbuciente y extraño. El encuentro con Xochipilli le hizo comprender mejor a México desde su lado más enigmático e incomprensible: el sustrato indígena. A partir de ahora la asimilación será más profunda.

EL MESTIZAJE

En «Toponimia» se enfrenta a uno de los aspectos más conflictivos y delicados del tema mexicano: el mestizaje. Encuentra en la toponimia el trenzado de dos civilizaciones, la indígena y la española.

Cuando no, la contemplación de un semblante indígena remueve en él viejas culpas heredadas de su antepasado el colonizador: «¿Es que ese semblante lleno de misterio abriga algo contra mí por lo que tengo de padre o elemento de penetración? ¿Esa tristeza secular, cuya curación se me antoja imposible se debe a mí? No puedo creerlo». Expulsados los viejos fantasmas de la conquista propugna una solución conciliadora donde cabría tanto lo bueno como lo malo, aunque no ignora que Cortés no fue digerido todavía:

«Culpemos al tiempo. Es posible que estén demasiado verdes todavía los huesos del conquistador. Quizás dentro de ocho siglos afecte Cortés a los mexicanos lo que a nosotros el Gran Califa. Pero también es posible que la culpa esté en no haber volcado España más españoles sobre México en su día. Españoles que hubieran consumado el mestizaje completo de la población». ¹⁴

Es frecuente en Moreno Villa —también lo hará Octavio Paz— la utilización metafórico de lo masculino y lo femenino para referirse a la antinomia pueblo conquistador / pueblo conquistado.

¹⁴ *Cornucopia de México*, op. cit., pág. 115.

MÉXICO EN MORENO VILLA

Cuando el poeta malagueño terminó de escribir estas notas ya estaba lleno de México; en virtud del poder mágico de la palabra y por consiguiente de la escritura, de la sorpresa había pasado al amor:

«Tengo la impresión real y fortísima de que todo un nuevo mundo ha crecido en mi alacena y de que si no lo voy sacando con aquestas notas tuyas, que por peculiares me resultaron extrañas, se me van a convertir en cosas familiares, o sea desprovistas de signos sorprendentes».

Entonces pudo darse cuenta de que todo el mundo descrito en las páginas de *Cornucopia* estaba dentro de él no fuera como había creído en un principio.

En *Nueva Cornucopia* tiene conciencia de que el exilio lo ha convertido en otro hombre, no por razones tan superficiales como el cambio de nacionalidad, sino por necesidad de la convivencia: «sé que he sumado a mi españolismo ciertos modos, modismos y *manera de ser* mexicanos que me facilitan la convivencia con el *ser* mexicano» (77), modos que al sumarse a los suyos propios lo han mexicanizado de alguna manera. En esta porosidad para recibir lo mexicano reconoce una predisposición especial en los españoles inexistente en otros pueblos, y es que «sin el ingrediente y, más aún, la forma del ser español no concebimos al mexicano». Tenacidad, estoicismo y liberalidad hacen de su conversión un imperativo categórico: «No seré un mexicano, pero cada día seré más mexicano, a medida que mi *ser* español vaya enriqueciéndose con modalidades mexicanas. Así tendrá que ser, quiera o no quiera». (78) En ese «quiera o no quiera» asoma el desapeñamiento de Moreno Villa por México: «Mi pasión por España subsiste. Mi amor por México resulta apacible nada más, si lo comparo con esa otra pasión que está nutrida por miles de cosas» (79). Es la diferencia que existe entre un amor juvenil y un amor otoñal. Y aunque el escritor afirma «Estoy siendo mexicano desde hace dieciséis años» reconoce la existencia de un algo irreductible en el fondo que siempre le impedirá serlo del todo.

CONCLUSIONES

La lectura de *Cornucopia mexicana* inspira dos conclusiones. En una de ellas, es uno de los libros mejores que un europeo ha escrito sobre México, en la otra el esfuerzo leal por aproximarse a su patria adoptiva no oculta el drama personal del exiliado, eso sí soportado con riguroso estoicismo.

En cualquier caso ese esfuerzo le valió a Moreno Villa el derecho propio de ciudadanía y lo que es más importante la adopción de una segunda patria. Así decía el escritor en «Memorias revueltas» refiriéndose a los años de exilio: «Ya van acumulando memorias mis casi catorce años en México. Buen cacho de nuestra vida en la Nueva España. Nueva patria desde el año 1941».